

GERARDO DIEGO Y LA ESCUELA DE ASTORGA

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA
Universidad de Murcia

La Fundación Gerardo Diego y el Centro de Estudios Astorganos Marcelo Macías acaban de publicar el libro *Gerardo Diego y la Escuela de Astorga*,¹ una edición de Javier Huerta Calvo, catedrático de la Universidad Complutense, en la que recopilan multitud de documentos sobre la relación del poeta Gerardo Diego con los escritores de Astorga, a cuyo grupo él mismo bautizó con el nombre de «Escuela de Astorga». Tres estancias, más o menos largas en Astorga durante la década de los cuarenta, hicieron que Gerardo Diego se encariñara con la ciudad, conociera su historia y su cultura, y diera al fin en la invención de la Escuela de Astorga, marbete bajo el cual agrupó a cuatro de sus más ilustres hijos en el siglo xx: Luis Alonso Luengo, Ricardo Gullón y los hermanos Juan y Leopoldo Panero. Fueron varios los artículos que Diego escribió sobre estos autores, que en justa reciprocidad dedicaron también numerosas páginas a analizar su obra. Por primera vez se recogen en este libro todos estos escritos, junto a un importante número de cartas que se intercambiaron entre sí los cinco escritores.

Elena Diego, en el prólogo que ha escrito para esta edición, detalla algunas de las vivencias de su padre en torno a este excelente grupo de amigos. Y hace referencia a una fotografía especial, que se reproduce en el libro, una fotografía de 1935 en la que se reúnen en torno a una mesa para celebrar un banquete en homenaje a Vicente Aleixandre, nada menos que Leopoldo y Juan Panero, Gerardo Diego, Miguel Hernández, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Pablo Neruda, Pedro Salinas, María Zambrano, Delia del Carril, José Bergamín, Raúl González Tuñón, José F. Montesinos y Arturo Serrano Plaja.

Inmediatamente después de la Guerra de España, Gerardo Diego, en una gira de conferencias por Gijón, León, Astorga y Benavente tuvo ocasión de conocer Astorga e intimar con la familia Panero. El mismo Gerardo lo relata en uno de sus artículos y de ese encuentro se conservan algunas fotografías hechas por el poeta, seguramente con su Contax, que había comprado años antes durante el viaje a Filipinas. Tres son

¹ Javier Huerta Calvo, *Gerardo Diego y la Escuela de Astorga*, Astorga, Centro de Estudios Astorganos Marcelo Macías-Fundación Gerardo Diego, 2015, XCVI+ 380 págs.

de la catedral de Astorga, otra de los numerosos componentes de la familia Panero, y otra más de Gerardo en bicicleta, sorprendente para la propia Elena porque el poeta jamás utilizó tal medio de transporte, habitual para toda la familia en los veraneos de Sentaraille.

El relato de Elena es impagable para saber por qué al fin fue Astorga lugar de veraneo. Primero en 1942, por la enfermedad de la propia Elena que le obliga a salir de Madrid cuanto antes y buscar mejor clima, lo que hace junto a su padre para instalarse en el Hotel Moderno de Astorga, los dos solos, hasta que la familia vaya llegando. Era el verano de 1942, pero el verano de 1943, ante la imposibilidad de viajar a Francia, ocupada por el ejército alemán, el veraneo se hizo definitivo, ya en una casa alquilada, en la calle Rodríguez de Cela, 11, la casa de don Rodrigo, como era conocida allí. Y así lo recuerda Elena Diego: «Era una casa con jardín, donde jugábamos los niños. Aquel verano, ya más sosegado, permitió a mi padre hacer una escapada a Elche, a mediados de agosto, invitado por la Junta organizadora del famoso *Misterio*, y dedicarse, además, y de modo muy intenso, a la creación literaria».

En relación con esa visita a Elche en aquel mes de agosto, es oportuno recordar que tras la Guerra de España, se creó una Junta Restauradora del Misterio de Elche, impulsada por Eugenio D'Ors, que rehabilitó la basílica de Santa María, muy deteriorada durante la contienda, y reanudó las celebraciones. En 1943, la Festa se desarrolló en varios días: el 13 hubo ensayo general y por la noche Nit d'Alba; el sábado 14 se representó a las seis de la tarde el primer acto del drama, y el domingo 15 hubo procesión por la mañana y representación del segundo acto por la tarde. Este año excepcionalmente, el día 16, se celebró un acto público en la Basílica con el voto de Elche por el que la ciudad se comprometía a defender el misterio de la Asunción de la Virgen. Intervinieron Eugenio D'Ors, José María Pemán y Adolfo Muñoz Alonso. El misterio de la Asunción sería proclamado dogma de fe por Pío XII en 1950.

Hubo juegos florales y al concurso correspondiente se presentó Gerardo Diego, pero no obtuvo premio alguno. Los galardonados fueron Manuel Machado y José María Pemán. A la fiesta en el Parque Municipal asistieron D'Ors, Pemán, el presidente del Instituto el Libro Julián Pemartín, el músico Conrado del Campo, el bibliotecario y profesor de la Universidad de Murcia Andrés Sobejano y el pintor Manuel Benedito. Gerardo Diego asistió a todos los actos y permaneció en Elche hasta el día 18 de agosto. Ese día está fechado el artículo que Gerardo publicaría un año después en la revista del Misteri *Festa d'Elig*: «Por mucha ilusión con que se venga, la realidad es más alta de cuanto se había imaginado. La portentosa unidad del *Misterio*, su magnífica arquitectura total con elementos tan diversos en el tiempo y en el espacio, están tan logrados que un poderoso sobrecogimiento toma posesión de nosotros desde el comienzo y no nos abandona hasta la arrebatadora apoteosis

final. Juzgar el *Misterio* como obra de arte me parece empequeñecerle. Aquí se debe venir a rezar plástica, poética, musicalmente esa oración incomparable de fe y de belleza, en la que uno no es más que una sílaba muda».

En su visita, durante su estancia en Elche, al célebre Huerto del Cura, Gerardo firmó en el libro de autógrafos y transcribió, de memoria, algunos versos de uno de sus más conocidos y celebrados villancicos, la «Canción al Niño Jesús», que había escrito cinco años antes, en 1938. El texto que el poeta recuerda durante su visita al Huerto del Cura, y que figura en el libro de autógrafos, contiene una distinta ordenación de los versos y una pequeña variante respecto a los dos textos editados por el poeta previamente, sin duda porque Gerardo escribió de memoria recordando su poema, impresionado por sentirse rodeado de palmeras: «Si la palmera supiera / por qué la Virgen María / suspira cuando la mira, / Si la palmera supiera / que sus palmas algún día... / ... si la palmera supiera / ... la palmera. / Gerardo Diego. 16-8-1943»

Podemos advertir, que el poeta, al recordar su villancico, añade un nuevo sentimiento atribuido a la Virgen y concentrado en el verbo «suspira», en la frase «por qué la Virgen suspira cuando la mira», en vez «por qué la Virgen la mira», que figura en todos los textos publicados del villancico y en el definitivo, que aparece en *Versos divinos*, en 1971, y que ya fue utilizado por Gerardo Diego en el final de su única obra teatral *El cerezo y la palmera* «Retablo escénico en forma de tríptico», que estrena en el Teatro María Guerrero en la Navidad de 1962.

A que no obtuvo el premio de Elche, y otros premios de aquel verano, alude Elena Diego en su prólogo, lo que indudablemente mermó la economía familiar, tal como Gerardo reconoce con cierto disgusto en la carta que dirigida a Fernando Gómez Muñoz, que transcribe la autora del prólogo.

Fruto poético de aquellos veranos leoneses fueron los poemas de «Jardín de Astorga», dedicados a Luis Alonso Luengo, que reuniría en *Paisaje con figuras*, en 1956. Y, como concluye Elena Diego, «en estos recuerdos he podido descubrir también al poeta amigo de poetas, al lector atento y admirador sincero de sus obras. Recuerdo muy bien la fidelidad de mi padre a los amigos... Reunidos obra y testimonios ahora en este libro, con él queda constancia definitiva y rigurosa de la que fue aquella fecunda Escuela de Astorga».

La labor de Javier Huerta Calvo para realizar este libro ha sido extraordinaria. No solo ha escrito un completo y documentado estudio preliminar sino que ha reunido la documentación que justifica definitivamente el interés de este grupo literario tan fecundo. Para ello ha recogido los escritos astorganos de Gerardo Diego, los fundacionales que publicó como terceras de *ABC*, algunos sobre la obra de Ricardo Gullón y unos cuantos en torno a la poesía y la prosa de Leopoldo Panero, artículos iniciales de valoración el poeta astorgano que entonces se abría camino en el panorama poé-

tico español, y que Gerardo considera, en su lenguaje poético, parangonable a Luis Cernuda. Recupera también la sección de *Paisaje con figuras*, que lleva por título «Jardín de Astorga», y que dedica a quien le hizo de cicerone durante los veranos en la capital maragata, Luis Alonso Luengo.

Dedica la segunda parte del libro a los documentos que muestra a Gerardo Diego como objeto de atención y admiración por parte de los componentes de la Escuela de Astorga. Escritos de Luis Alonso Luengo, de Ricardo Gullón, de Leopoldo Panero, este último con textos tanto en prosa como en verso. En la tercera parte, reúne los textos que los cuatro amigos astorganos dedican a ellos mismos, en un intercambio de amistad que Huerta Calvo considera fundamental, como ocurrió con los novelistas del *boom* latinoamericano, forjado en la amistad de sus componentes y fortalecido por las relaciones de respeto y cordialidad, que fueron también comunes entre los cuatro amigos de la Escuela de Astorga.

Y se cierra el volumen con el fecundo epistolario que se ha podido recuperar de los astorganos con Gerardo Diego y los que sostuvieron ellos cuatro con Gerardo. Setenta y siete cartas en total, todas las que se han podido localizar, procedentes de los fondos de la Fundación Gerardo Diego, del Centro Cultural de la Generación del 27 y de la Biblioteca Municipal de Astorga. Dividido en dos apartados, «Correspondencia entre Gerardo Diego y los autores de la Escuela de Astorga» y «Correspondencia entre los autores de la Escuela», recogen documentos que van desde 1940 (la postal que Diego envía a Panero para avisarle de su próxima llegada a Astorga) hasta 1980 (la última carta de Luengo a Diego con la alegría por la reciente concesión del Premio Cervantes).

Setenta y cinco páginas ocupa el ensayo preliminar que ha escrito Javier Huerta para esta edición, compuesto de un análisis de la memoria de un «paraíso perdido», como llamara a Astorga Ricardo Gullón, en la dedicatoria de uno de sus libros a Juan y Leopoldo Panero y a Luis Alonso Luengo, para analizar a continuación las aventuras de todo el grupo, desde la primera, la revista *La Saeta* (1925) y la segunda, la revista *Humo* (1928), y detenerse en las actividades realizadas en los años treinta, hasta llegar al primer encuentro de Gerardo con los Panero, siguiendo con la Guerra de España, la academia poética *Musa musae*, la presencia de Gerardo en Astorga, la de Gullón en Santander, la invención de la Escuela de Astorga, los convulsos años cincuenta, la polémica con Neruda, la aventura americana de Ricardo Gullón, la muerte de Leopoldo Panero, y lo que Huerta denomina la segunda muerte del propio Panero, alusiva con detalle al descrédito de la figura del poeta tras el largometraje de Jaime Chávarri *El desencanto* (1976) y la serena reacción de Ricardo Gullón, que habría de culminar al publicar su libro *La juventud de Leopoldo Panero*, de 1985.

No debe terminarse esta referencia tan interesante libro sin hacer alusión a un *post scriptum*, que incluye Huerta Calvo en su volumen alusivo al libro de Gregorio Morán, *El cura y los mandarines*, que al referirse a la Escuela de Astorga pone de relieve, como señala Huerta, el *modus operandi* del autor: «insinuaciones insidiosas, anecdotismo superficial, irreverencia gratuita respecto de quienes –rojos o azules– fueron maestros en lo suyo...»

En definitiva, una excelente recuperación de un espacio de amistad que enriqueció la literatura española de la posguerra, en la que siempre tuvo un protagonismo impecable Gerardo Diego como promotor de escritores y sobre todo de poetas, y como fomentador de amistades que tan solo se basaban en la admiración hacia la calidad poética y literaria sobre todo de los más jóvenes. Una prueba más de que la figura de Gerardo Diego, con ser excepcional en su obra poética y crítica, pasa a la historia además como el gestor de relaciones literarias que superan los ámbitos de la amistad para alcanzar una más alta consideración estética y artística.